



Un sefardi en Alemania

Por Memo Ángel R.



Work. 2011

Deutschland (tierra de alemanes, país alemán), que en inglés se llama Germany por aquello de que Tácito, en su libro *Germania*, llamó a los teutones germanos. Tácito sostuvo que esos bárbaros del norte vivían en un orden más notable que los romanos y haciendo gala de una mayor moral.

Deutschland, país en el que la lengua franca es el Hoch Deutsch (el alto alemán), porque a esa lengua Martín Lutero tradujo la Biblia. Si el reformador hubiera sido de Stuttgart o de München (Múnich), la Biblia (su versión en latín) hubiera sido traducida al suabo o al bávaro, pero no pasó. La Biblia se tradujo al

alto alemán, al que hablan en Hannover, y esa es la lengua que aprendemos en el exterior. Y esto es interesante, porque la lengua de un país es su manera de sentir, de interpretar y de imaginar. Y ese Hoch Deutsch, rodeado por dialectos variados, como el símil a una de las tribus de las que habla Tácito, fue lo que quedó indemne después de la guerra. El resto hubo que reconstruirlo.

En Alemania (porque en español nombramos a Deutschland a partir de la tribu de los Alamanes) uno se mueve por una lengua franca, pero en la intimidad aparecen los dialectos: en Berlín, el berlinés, dialecto repleto de palabras extranjeras



(muchas judías, como *meschugge*, loco), presenta tanta elasticidad que cuando se tradujo *Rayuela*, de Julio Cortázar, para llevar el lunfardo que contiene el libro al lector alemán se usó el berlinés. Y quizá los traductores se hayan valido de los dialectos del sur (suabo y bávaro) e incluso del alemán suizo o del austriaco, que marca las erres con sonido de motor.

Deutschland (Alemania, Germany) es varias formas de hablar sobre una misma estructura geopolítica. Y si se habla distinto, se piensa distinto pues con el lenguaje creamos el mundo y con el mundo, al otro. En un mundo que vive más en contacto con el paisaje y las alturas, como Bavaria, se piensa de manera más conservadora que en Berlín, que es internacional y tiene muy marcada el alma del cabaret. En ambas zonas Alemania es otra.

En el título del artículo he hablado de un sefardí. Y es que en esa variedad de dialectos y en la lengua franca alemana, la palabra judío es un concepto extremo. Que se sepa por documentos, hay judíos en Alemania desde antes de la caída del imperio romano. En la Edad Media fueron famosas las ciudades de Spira y Worms. En la primera nació el Hasidismo (corriente mística judía) y en la segunda aparecieron los asesores culturales económicos de nobles y obispos. Los cruzados trataron de borrar a estos judíos, pero muchos fueron escondidos por sus protectores. Cuando los judíos fueron expulsados de España en 1492, muchos de ellos se refugiaron en el puerto de Hamburgo, donde todavía se conserva el barrio portugués, que fue el centro de comercio de las ciudades de la Liga Hanseática.

El poeta Heinrich Heine, de origen judío, se integró de tal manera a la lengua ale-

mana con sus poemas que no es posible hablar de la literatura germana sin nombrarlo: su poema a las cataratas del Rin es una obra maestra. Y pasó igual con el filósofo Moses Mendelssohn, creador de la palabra hebrea *haskalá* (iluminación) y del movimiento judío reformista. Ya en los inicios del siglo xx los judíos hacen parte de la literatura urbana alemana (Alfred Döblin, Lion Feuchtwanger, Franz Kafka, Elías Canetti, Jakob Wassermann, Joseph Roth), de la filosofía (Franz Rosenzweig, Martín Buber, Edmund Husserl, Hannah Arendt, Walter Benjamin) y del estudio de las religiones y la historia (Gershom Scholem, Emil Ludwig). O sea que los judíos se integraron en la lengua alemana; ya otros lo harían a las matemáticas y a la ciencia, y después pasó lo que pasó, pero las palabras siguen ahí, en libros, revistas, ejemplos.

Traigo lo anterior a colación para contar por qué un escritor sefardí (judío de origen español) no se pierde en Alemania. Supongo que lo mismo le pasa a un escritor judío asquenazí (con origen en Europa central y oriental). Hay demasiadas huellas ahí para seguir. Porque a Alemania, en este caso, no se va en calidad de turista sino de espectador que asiste a una tierra que ya no existe como fue descrita antes de la guerra. La Alemania de ahora es la de la post-guerra, la de la post-muro, la de una serie de grupos (además de los alemanes) que se han asentado en ella como los turcos, los afganos, los de los Balcanes, los de Rumania, Bulgaria y las ex repúblicas soviéticas, algunos latinoamericanos y africanos. Y hoy, cinco mil españoles por año que vienen a trabajar como en los viejos tiempos (años 60 y 70), cuando en la pantalla, Marisol y sus zapatos de plástico llenaba los cines de barrio.



Totó la Momposina. 2011

Se decía que a Alemania iba poca inmigración pues tenía barreras naturales: el clima y el idioma. Pero el clima lo han resuelto las chaquetas y pantalones térmicos, y el idioma ya ni se necesita porque el que llega tiene sus propios grupos con los que se comunica en su propia lengua. Y entre esos que llegan y se quedan están los judíos rusos, que incluso han excluido de las sinagogas a los judíos alemanes, no echándolos sino hablándoles en ruso, un idioma que los judíos locales no entienden.

Alemania, entonces, ha cambiado. Las mujeres se tiñen de rubio, las musulmanas trabajan en los supermercados luciendo su pañolón, e incluso se las toma como ejemplo de decencia frente a las ucranianas y rusas que, así estén al borde de la cuarta edad, tratan de mostrar lo que más pueden de piernas, senos y trasero. Los cubanos y vietnamitas, que llegaron a la Alemania democrática (la comunista) como estudiantes, hoy son

dueños de bares y restaurantes. Y los Osi (alemanes del este, criados como socialistas) tienen una representación grande entre los neo-nazis.

Alemania ha cambiado. Y de todo ese mundo que se revuelve entre el trabajo automatizado, el pensamiento que se pierde y las calles que se llenan de personajes *out-siders*, nace una nación que ya no quiere leer más sobre los muertos latinoamericanos ni los de la segunda guerra mundial. Quiere leer historias para imitar y tener historia sin monumentos, producir un cine que no alerte la conciencia y una literatura que recupere el mundo de los viejos alemanes, los que eran navegantes, mineros, burgueses satisfechos y aventureros.

Para un judío sefardí, proveniente del Caribe, encontrarse en situación kafkiana, en Alemania, es cosa fácil. Basta mirar ese mundo que se mueve y no para, en el que los individuos desaparecen y se multiplican las situaciones.

José Guillermo Ángel (Memo Ángel) es doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, donde trabaja como profesor de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades. Dirige el programa radial *La otra historia*. Ha publicado, entre otros, los libros: *El tren de los dormidos*, *La luna verde de Atocha*, *Historias del barrio Prado*, *De dictadores, ángeles peatones y pecados renovados* y *El amante de Lily Marlén*. En el 2005 recibió la beca de artista en residencia del DAAD (Deutscher Akademischer Austauschdienst), Berlín. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.